

María Fabián López
Colegio Santísima Trinidad (Plasencia)
EXTREMADURA



La familia Marín ha decidido que es hora de invertir en una pequeña pero cara reforma. debido al poco tiempo que pasan en casa, el jardín se ha descuidado y apenas quedan flores.

La pequeña Martina saltó emocionada al enterarse de la noticia, ¡al fin su casa se vería como la de sus amigas! La siguiente mañana todo el colegio estaba enterado de los nuevos cambios.

Dos semanas después, varios hombres aparecieron en su casa con grandes rollos de algo parecido a una red bastante tupida.

- Es para poder colocar el nuevo césped, cariño - le explicó su madre

El tiempo para Martina pasó volando. Varios días más tarde todo estaba listo. Ella salió de su casa dando saltos, mientras que sus padres intentaban cogerle la mano.

Martina empezó a dudar de cómo de cómodo sería el césped o de si pincharía como la barba de su padre.

La sensación de paz envolvió a Martina en cuanto la palma de su mano derecha tocó el césped. Su cuerpo lo tocó un par de segundos más tarde. Se encogió, en posición fetal, mientras palpaba la superficie, le recordaba al terciopelo, si mueves tu mano en una dirección, la sensación que sientes es diferente hacia el otro sentido.

Rodó y de repente ya no se encontraba, ya no se encontraba en su casa, sino en un prado, bajo la sombra de un sauce llorón, y su felicidad no podía ser mayor. Había animales que solo en sus sueños habían existido alguna vez y personas que creía que jamás volvería a ver.

- ¡Abuelo! Te echaba tanto de menos - decía Martina mientras corría a sus brazos.

Él la recibió con un gran y fuerte abrazo. Ambos sentían plenitud y calma, algo parecido a volar.

- Cariño, siento no poder darte una vida para estar contigo, aunque sé que eso no sería suficiente. Este corto tiempo ha sido para mí como una eternidad, pero no creas que para mal, al contrario.

Martina intentó abrazarlo de nuevo, sin éxito.

Continuó caminando por el extraño prado, riendo y dando brincos por todos lados hasta encontrarse con un extraño conejo.

- Disculpe, ¿ha visto a mis padres? Me tumbé y aparecí aquí.

El conejo se gira hacia ella, intentando descifrar algo pero no da con lo que busca.

- Lo siento, señorita, tengo prisa, llego tarde - dijo cortante.

Martina recuerda al conejo, el de Alicia en el país de las maravillas. Había visto esa película una docena de veces pero jamás se cansaba de ver cómo la protagonista aumentaba y encogía.

- Disculpe mi interrupción, también llego tarde.

Ella echó a correr, sin rumbo aparente, hasta que se detuvo en una zona que parecía dividir el prado en dos.

El sol no brillaba con tanta fuerza y la hierba verde había sido sustituida por plantas con infinitos pinchos. A lo lejos pudo ver a Ding Dong, el payaso que irrumpía en sus sueños un par de noches a la semana pero siempre aparecía Fnn, un príncipe que combate contra el payaso.

Olvida la idea de cruzar y se pone a buscar su salida. Algo la hace pensar que la han escuchado, ya que de repente aparece un camino de piedras amarillas y ella decide seguirlo.

Una puerta blanca se encuentra al final, con un cartel que dice "consciencia". Cuando gira el pomo todo se vuelve borroso.

- Princesa, ¿estás bien?

- Sí, papá, acabo de estar en un precioso prado, con el abuelo y con el conejo de Alicia en el país de las maravillas.

Sus padres se miran preocupados, piensan que la caída le ha producido un fuerte golpe en la cabeza.

- Qué bien, cariño, anda, entra dentro y ponemos una película

- No mamá, tenéis que probarlo. Seguro que veréis cosas extraordinarias.

Ninguno de los tres habla más, los padres se sobrecogieron al escuchar la contestación de su hija.

Media hora más tarde, Martina se encuentra viendo Frozen y sus padres salen al jardín.

Asintieron y se dejaron caer sobre el césped.

Una pequeña parcela apareció y se encontraba rodeada por una valla, impidiendo su salida. Continuaron caminando hasta oír carcajadas, las de su hija. Empezaron a sonreír, pero les duró poco.

Una gran avalancha de personas los tiró al suelo, provocando que se despertaran.

Suspiraron al ver que se encontraban sanos y salvos pero algo no salía de su cabeza: "Hay que priorizar la felicidad".

Corrieron al interior de su casa y abrazaron a su pequeña.